

LAS FRONTERAS ENTRE LAS DOS CALIFORNIAS EN DIVERSAS ÉPOCAS



1. ***Frontera resultante del Tratado de Guadalupe Hidalgo, 1848.***
2. ***Línea o Frontera de Luis de Sales.***
3. ***Frontera del Concordato.***
4. ***Frontera de Palou.***
5. ***Arroyo Rosarito.***
6. ***Actual caseta de cobro autopista Tijuana-Ensenada.***
7. ***Misión El Descanso.***
8. ***Arroyo El Descanso.***
9. ***Misión de San Miguel.***
10. ***Arroyo Agua Escondida.***
11. ***Arroyo Guadalupe, antes San Juan Bautista, o La Misión ya próximo a su desembocadura, o El Barbón cerca de su nacimiento.***
12. ***Misión de Santo Tomás.***
13. ***Misión de San Vicente.***
14. ***Punta El Descanso.***

NOTA: En este mapa no se incluyen las misiones dominicas de Guadalupe y Santa Catarina.

Mapa elaborado con datos tomados de *Diary of his survey of the Frontiers, 1796*, José Joaquín de Arrillaga . Edit. J. W. Robinson, Trad. F. Tiscareño, 1969. Dawson's Book Shop, 1969; *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822*. A. B. Nieser, U.A.B.C., 1998. Se utilizó mapa de Google Earth.

Desde que llegaron a la Nueva España en el siglo XVI, los religiosos de la orden de Santo Domingo, llamados dominicos o predicadores, trataron de proteger a los indios de los abusos que cometían los encomenderos en su contra, y con ese fin procedieron al establecimiento de misiones en varias provincias de la colonia. Al ordenarse la expulsión de los jesuitas, el padre Juan Pedro Iriarte y Laurnaga, en representación de los dominicos, solicitó en Madrid al propio soberano que les fueran concedidas algunas de las misiones dejadas por los ignacianos al sur de

la península, a lo cual accedió el monarca en cédula del 4 de noviembre de 1768, y con la orden real a su favor, al frente de 26 religiosos que se habían seleccionado entre 200 aspirantes, se embarcó Iriarte para la Nueva España a donde llegaron el 19 de agosto de 1771. Enterado el virrey Bucareli del acuerdo que traía Iriarte, desatendió la disposición del monarca, quizá al pensar que provocaría el disgusto de los franciscanos si la hacía efectiva, pero ante la insistencia del religioso dominico y al recibir nuevos comunicados de España refrendando el acuerdo, pidió a los superiores de las dos órdenes que se reunieran para resolver el reparto de las misiones californianas en forma satisfactoria para ambas partes.

Cuando los franciscanos conocieron la petición de los dominicos deben haber evaluado cuidadosamente la situación, y aunque nunca lo dijeron explícitamente, es seguro que la Nueva o Alta California ocupó el primer lugar en sus prioridades, no sólo en lo espiritual, sino también en lo material, dado el gran número de gentiles que poblaban la región y la potencialidad productiva de aquellas tierras fértiles, con agua abundante y los mejores sitios para establecer puertos. Quizá por esto, y aunque las dos órdenes ya habían trabajado armónicamente en la Sierra Gorda del actual Querétaro, los franciscanos hicieron saber a los padres predicadores que les resultaría conflictivo coexistir en la misma provincia, por lo que estaban dispuestos a cederles no algunas, sino todas las misiones de la Antigua California, incluyendo San Fernando Vellicatá y las cinco programadas para fundarse entre esta última y San Diego, en tanto que ellos conservarían las de la Nueva California. A los pocos años, los franciscanos cumplirían parcialmente el acuerdo, ya que nunca intervinieron de alguna manera para que se levantaran aunque hubiera sido una de las cinco misiones que estaban planeadas.

Como resultado de las pláticas sostenidas, los padres Juan Pedro de Iriarte y Laurnaga por los dominicos y Rafael J. Verger por los franciscanos, el 7 de abril de 1772 firmaron un concordato, por el cual los fernandinos cedían a los padres predicadores todas las misiones de la península, mientras que ellos se quedarían con las de la Nueva California, comenzando por la de San Diego, documento que fue ratificado por el virrey el día 30 de ese mes; la misión dominica más septentrional se plantaría en el Arroyo de San Juan Bautista, llamado después San Miguel, aunque hoy, cerca de su desembocadura se le llama arroyo de La Misión, y su territorio se extendería 25 Km. al norte de la corriente mencionada, por la costa hasta la actual Punta El Descanso. Se transcribe a continuación parte del concordato mencionado:

En atención a todo lo dicho, y deseando cumplir puntualmente la soberana voluntad de nuestro católico monarca han convenido en la división siguiente: Que los padres dominicos tomen a su cargo las misiones antiguas que tiene este colegio en California y la nominada frontera de San Fernando de Villacatá siguiendo sus nuevas conversiones por este rumbo hasta llegar a los confines de la misión de San Diego en su puerto poniendo su última misión en el arroyo de San Juan Bautista, la que finalizará cinco leguas más adelante en una punta que saliendo de la Sierra Madre termina antes de llegar á la playa, y llegados á ella podrán torcer al Este con poca declinación al Nordeste con lo que deberán salir al fin del golfo californio y río Colorado siguiendo después el rumbo que les señaló Vuestra Excelencia en la real junta.....y que los padres del Colegio de San Fernando mantengan las que ocupan desde dicho puerto de San Diego siguiendo el rumbo que tienen para Monterrey, puerto de San Francisco y más adelante.

Cuando en 1773, después de haber hecho entrega de las misiones peninsulares a los dominicos Fr. Francisco Palou viajó por tierra a San Diego para reunirse con sus compañeros franciscanos, cambió la frontera original de Punta El Descanso a un lugar poco más al sur, por razones de visibilidad y acceso a las señales, por lo cual colocó una cruz de madera en un promontorio rocoso cercano a la costa, que fue llamado “Mojonera de Palou”. La cruz señalaba el límite más septentrional del territorio dominico, y consecuentemente la separación de las dos Californias.

El padre dominico Fray Luis de Sales fue un misionero que gustaba de llevar a cabo salidas exploratorias hacia el norte desde su misión de San Miguel, en Baja California, en alguna de las cuales estuvo a punto de perder la vida al enfrentarse a indios gentiles, y puede considerarse como uno de los primeros en establecer el camino a San Diego a partir de San Miguel. En 1788, en una de estas salidas, el padre Sales se metió a territorio franciscano rebasando unos 20 Km. la antigua línea de Palou, lo que le permitió conocer a indios gentiles de esa región, a algunos de los cuales convencería después para que fueran a su misión. El gobernador de la Antigua California, lejos de amonestar al misionero dominico por haber penetrado a territorio franciscano, estuvo de acuerdo en el movimiento de la frontera hasta la altura del actual arroyo El Rosario o Rosarito, en donde permaneció hasta 1848.

De los franciscanos que aún permanecían en la región, algunos salieron rumbo a la Nueva California para ponerse a la disposición de fray Junípero Serra, y otros regresaron a la ciudad de México para reincorporarse al Colegio de San Fernando. El franciscano Francisco Palou, a cargo entonces de las misiones peninsulares, escribió lo siguiente al entregarlas a los padres predicadores:.....*En el mes de mayo del siguiente año de 1773 en que llegaron a la California los reverendos padres dominicos y les hice entrega de la citadas misiones, quedó ya con esto nuestro colegio libre de aquella carga...*, y es explicable que los fernandinos consideraran una carga a aquellas misiones tan pobres, saqueadas por la soldadesca después de que se fueron los jesuitas, situadas casi todas en parajes desolados, y abandonadas otras por falta de población.

LA INVASIÓN DE ALTA CALIFORNIA POR LOS ESTADOS UNIDOS.

Cundo en abril de 1846 el gobierno de los Estados Unidos declaró la guerra a México, muchos norteamericanos que por décadas habían buscado, por las buenas y por las malas, la anexión total y definitiva de las dos Californias a su país, vieron con gran agrado que por fin, sus antiguas aspiraciones se cumplirían.

El 2 de julio de 1846, varios barcos norteamericanos anclaron en la Bahía de Monterrey, y John Drake Sloat desembarcó al frente de un numeroso contingente el día 7, proclamó el estado de guerra en que se encontraban los dos países, e izó la bandera norteamericana; la campaña de los Estados Unidos para apoderarse de la Alta California comenzaba oficialmente.

El 8 de julio el poblado la Hierba Buena, después llamado San Francisco, fue ocupado sin oposición por las fuerzas extranjeras al mando de John B. Montgomery, e igualmente ocurrió con San José el 14 y San Juan Bautista el 17 de ese mes. Robert F. Stockton substituyó al Comodoro Sloat y le tocó tomar San Diego el 29 de julio y Santa Clara el 4 de agosto, desembarcó en San Pedro el día 6 con 350 hombres y de allí se fue por tierra a Los Ángeles que ocupó el día 13.

Iniciada la invasión extranjera, el comandante mexicano José Castro y el gobernador de Alta California Pío Pico, radicado en Los Ángeles, no hicieron nada por carecer de fuerzas armadas leales en número suficiente y por ser enemigos políticos, pero aun así, debe admitirse que hubo negligencia y falta de decisión de su parte, ya que desde octubre de 1842, se habían sumado hechos que constituían indicios muy claros de un inminente ataque norteamericano, pero nunca se tomaron medidas preventivas o de defensa para resistir a los invasores¹; además, desde el 14 de junio de 1846 en que Vallejo fue apresado en Sonoma hasta el 2 de julio en que los barcos de guerra yanquis anclaron en Monterrey, transcurrieron dos semanas en las que pudieron haberse llevado a cabo actividades para organizar aunque fuera improvisadamente la defensa de la provincia, pero no se hizo nada.

La versión norteamericana de esta etapa histórica, parte de la cual fue escrita por John Bidwell, miembro del batallón de Frémont, señala que al comienzo de la invasión los californianos no mostraron oposición a los extranjeros, ni siquiera cuando en Los Ángeles fue izada la bandera norteamericana; pero la actitud de la gente fue cambiando, sobre todo cuando Frémont y Stockton tuvieron que irse y dejaron al mando al capitán Archibald H. Gillespie, quien junto con sus hombres llegó a cometer abusos contra la población. Esto provocó un resurgimiento de la dignidad nacional en mucha gente, que se tradujo en una verdadera rebelión en contra de los extranjeros, de lo cual se hablará párrafos adelante, ya que es necesario mencionar ahora algunos hechos reveladores de la personalidad del hombre que gobernaba la Alta California en el momento de la invasión.

El comandante José Castro y el gobernador Pío Pico huyeron de Los Ángeles el 10 de agosto de 1846; el primero llegó a Altar, Sonora, el 7 de septiembre, y el gobernador fugitivo arribó a Mulegé el 22 de octubre; ambos enviaron mensajes a la ciudad de México solicitando ayuda, pero el general José Mariano Salas, quien ocupaba provisionalmente la Presidencia de la República, tenía que atender los otros frentes de la guerra y sus propios problemas políticos, por lo que no contestó. Pero el gobernador Pío Pico sí había hecho algo, cuando desde tiempo atrás todos sabían que los Estados Unidos invadirían la Alta California: con el pretexto de procurarse dinero para armar y sostener un ejército que se enfrentara al enemigo, vendió ilegalmente muchos terrenos misionales y baldíos en la península, en donde carecía de jurisdicción para realizar cualquier tipo de enajenación territorial, al grado de que años después, el 9 de mayo y el 11 de octubre de 1853, el coronel Rafael Espinoza, en su carácter de Jefe Político de la Baja California, solicitó al Ministro de Gobernación que fueran anuladas las ventas de tierras hechas por el ex gobernador de la Alta California, entre las que se encontraban las siguientes: en Misión de Guadalupe, 12 422 Has. a Juan Bandini, el 4 de diciembre de 1845; en el Valle de San Rafael, 9 316.5 Has. a Abel Stearns; en el Valle de la Trinidad, 12 422 Has. a Tomás Warner, el 22 de mayo de 1846; y en Los Vallecitos, 6 211 Has. a Abel Stearns, el 6 de junio de 1846. Además de estas operaciones fuera de la ley, en la Alta California vendió la ex misión de San Fernando en \$14000 dólares, y lo que no pudo vender lo regaló a sus amigos y familiares antes de que llegaran los norteamericanos. Concluida la guerra, Pío Pico regresó a California y vendió las 53 798.5 Has. de sus ranchos Santa Margarita y Las Flores, cercanas a San Diego, y compró El Ranchito, de 3 640 Has. cerca de Los Ángeles.

A pesar de que pueblo y autoridades sabían que una victoria sobre los gringos invasores era imposible, la dignidad de algunos californianos, y los abusos cometidos por las fuerzas de ocupación cuando Stockton y Freemont se fueron y dejaron al mando al capitán Gillespie, motivaron a un grupo de mexicanos para enfrentarse al enemigo por medio de guerrillas. Sérvulo Varela en Los Ángeles,

¹Era tan evidente la intención de los colonos norteamericanos de apoyar la anexión de la Alta California a los E.U., que en abril de 1840 el gobernador Alvarado ordenó el arresto de muchos de ellos que fueron llevados prisioneros a San Blas.

organizó el 23 de septiembre de 1846 un pequeño y mal armado conjunto de patriotas; tomaron Rancho Chino el 26 y 27; hicieron rendirse al comandante Gillespie en Los Ángeles²; el teniente Talbot fue expulsado de Santa Bárbara el 1º y 2 de octubre; el 7 los mexicanos triunfaron en Rancho Domínguez³, luego capturaron a Larkin en Rancho Los Vergeles el 15 de noviembre; y después triunfaron en El Encinalito y La Natividad. Debe señalarse que al lograr la rendición de Gillespie en Los Ángeles, Varela y el capitán José María Flores intentaron dar un carácter formal a la lucha que pensaban realizar contra los invasores norteamericanos por medio del Plan de Los Ángeles, el cual fue probablemente escrito por Leonardo Cota; en el documento se convocaba a los californios leales al gobierno de México para que defendieran su provincia, y no dejaran que los yanquis los hicieran esclavos. Cabe mencionar que Cota era primo de Andrés Pico, a cuyo lado peleó en la batalla de San Pascual, de la que se habla más adelante, y después de la guerra, se retiró a su rancho, en donde después se fundaría la ciudad de Covina, California; se desempeñó en la política en Los Ángeles, y se le considera uno de los fundadores de Santa Ana, ciudad californiana.

Gracias a la respuesta de que se ha hablado por parte del pueblo, las fuerzas norteamericanas perdieron un buen número de posiciones en la ocupación inicial de la provincia, por lo que como se ha dicho, el mando norteamericano planeó el envío de tropas bajo las órdenes del general Stephen W. Kearny, conquistador de Nuevo México, quien salió de Santa Fe con 300 hombres rumbo a San Diego; al tener informes sobre este avance, el capitán José María Flores, elegido para sustituir a Pío Pico que había escapado al sur de Baja California, ordenó a Andrés Pico, hermano del ex gobernador fugitivo, que saliera al encuentro del enemigo al frente de unos 80 hombres, algunos con lanzas de dos metros y medio, y otros más con viejos mosquetones que habían adquirido de los ingleses, además de la inseparable reata. Cerca del valle de San Pascual, la columna norteamericana se encontró con un grupo de yanquis armados bajo las órdenes del célebre explorador Kit Carson, que se dirigía de San Diego a Washington con documentación que Stockton enviaba al presidente de los Estados Unidos James K. Polk, Kearny dispuso entonces que cerca de cien de sus hombres se regresaran a Santa Fe llevando los documentos de Stockton, y que Kit Carson lo acompañara en su avance hacia San Diego.

El general Kearny fue advertido por uno de sus oficiales sobre la gran capacidad de los mexicanos como jinetes, lo que contrastaba con su fatigado cuerpo de dragones, cabalgando sobre mulas en mal estado, y le sugirió que evadieran un encuentro frontal con la fuerza de Andrés Pico. El comandante extranjero se dejó llevar por los consejos de Carson y Gillespie, basados más en prejuicios raciales que en experiencias reales. El 6 de diciembre de 1846 se encontraron mexicanos y gringos en el valle de San Pascual, al noreste de San Diego. Había mucha niebla, y el pequeño grupo de jinetes mexicanos parecieron retroceder, los soldados de Kearny, entre 120 y 130 hombres, con dos piezas de artillería del tipo *howitzer*⁴, se lanzaron a la carga con 13 jinetes al frente al mando del capitán Abraham Johnston y el resto de los dragones bajo las órdenes directas del teniente John Davidson.

² Cuando los Californios obligaron a Gillespie a abandonar Los Ángeles el 24 de septiembre de 1846, el comandante extranjero se dirigió con sus hombres a San Pedro, en el camino encontró refuerzos de Stockton y regresó a Los Ángeles, pero bajo el liderazgo de José Carrillo, los californios desenterraron un viejo cañón que habían escondido, lo amarraron al sistema rodante de una carretela, y todos a caballo se enfrentaron a la infantería de Gillespie, disparaban su cañón contra las líneas norteamericanas causándoles bajas, luego retrocedían a sabiendas que los extranjeros a pie nunca los alcanzarían y volvían a disparar su pieza contra el enemigo. De esta forma causaron algunas muertes a los norteamericanos sin perder un solo hombre, lo que obligó a los invasores a retirarse. Los Ángeles quedó bajo control mexicano por 3 meses.

³ El 7 de octubre de 1846 los marinos yanquis avanzaron sobre Rancho Domínguez, Flores ordenó a José Antonio Carrillo enfrentarlos, lo que hizo con éxito al causarles 14 muertos sin sufrir una baja. Los invasores fueron engañados por la tropa mexicana al darles la impresión de que era muy numerosa, al producir grandes polvaredas en las lomas cercanas.

⁴ Pieza de artillería pequeña que dispara proyectiles con elevado ángulo de ascenso, contra blancos cercanos.

La columna yanqui que perseguía a los mexicanos se hizo delgada y prolongada, minutos después, los lanceros de Andrés Pico contraatacaron, y los dragones americanos retrocedieron en desorden sin escuchar los gritos del Capitán Archibald Gillespie que trataba de infundirles ánimo, Johnston cayó muerto por un balazo en la cabeza, en total los lanceros mexicanos causaron unas 21 muertes y otros tantos heridos al enemigo invasor, todas a causa de lanzazos, excepto Johnston.



En la batalla de San Pascual, unos ochenta lanceros mexicanos derrotaron a las tropas del general Kearny, en unos minutos causaron la muerte de veinte a treinta norteamericanos y otros tantos heridos, (Horace Bell, en “Reminiscences of a Ranger”, afirma en la página 291 de su libro que fueron 32 “hors de combat”), habiendo perdido sólo un hombre que fue capturado por los invasores gracias a la ayuda de los indios del lugar. Pintura de Charles Waterhouse Cort. U S M C R D C o m a n d M u s e u m, San Diego

Uno de los heridos fue el mismo Kearny⁵, mientras que por el lado de los californios solo hubo 12 heridos y un prisionero que quedó en poder de los norteamericanos, y de no haber sido por 180 hombres que mandó Stockton en su auxilio, las tropas yanquis, que estaban sitiadas por los mexicanos y ya habían empezado a alimentarse con carne de mula⁶, tal vez nunca hubieran podido llegar a San Diego.

⁵ Kearny murió en Missouri en 1848, después de unas fiebres que adquirió en Veracruz, o según algunos autores, a consecuencia de las heridas sufridas en la batalla de San Pascual.; revista Calafia, Vol. VII, abril de 1998, p. 6. Las Californias, Adalberto Walther Meade.

⁶ El lugar en el que los norteamericanos sitiados comieron carne de sus mulas se nombró *Mule Hill*.

Los historiadores norteamericanos conservan los nombres de algunos de los soldados mexicanos que participaron en la batalla, uno de ellos fue Dolores Higuera, alias “el güero”, que lanceó de muerte al capitán Benjamín D. Moore y al teniente Thomas C. Hammond, además, tumbó de su caballo a Gillespie, lo hirió gravemente y no lo remató porque soltó la lanza para poder quedarse con la montura guarnecida con plata del estadounidense; se dice que al término de las hostilidades, el güero quiso devolverle su silla al oficial norteamericano, pero éste no la aceptó diciendo que a ella le debía la vida. Otro mexicano que participó en la batalla fue Leandro Osuna, que también lanceó al capitán Moore, según lo dicho por Philip Crosthwaite, voluntario bajo las órdenes de Gillespie.

La pequeña fuerza de Andrés Pico que tenía cercados a los norteamericanos se tuvo que retirar; los yanquis siguieron reforzándose, y ya con un dominio casi completo de la región, la condición de seguros vencedores los llevó a exigir a los civiles la entrega de caballos y ganado; demandas que en muchos casos se convirtió en verdaderos saqueos y abusos, lo que hizo que algunos rancheros hicieran un último esfuerzo cuando menos para conservar sus bienes. El 8 de diciembre de 1846, el recién electo alcalde de Hierba Buena, Washington A. Bartlet y 5 de sus hombres, se dirigieron a los ranchos cercanos en busca de ganado. Francisco Sánchez, del rancho de San Pablo, reunió un pequeño grupo de amigos vecinos, capturó a Bartlet con sus acompañantes y se dirigió a las colinas próximas; al poco tiempo se le unieron más hombres y llegó a tener bajo su mando a unos 100 voluntarios. Enterado de la situación, el mando norteamericano envió a 100 soldados para sofocar la revuelta, el 2 de enero de 1847 se encontraron las dos fuerzas en los llanos de Santa Clara, y después de un tiroteo de varias horas en el cual resultaron 2 invasores heridos y ningún mexicano, Sánchez se retiró a la serranía, poco después nombró representantes para acordar la paz, y aunque su rendición fue incondicional, extraoficialmente logró la promesa del comandante extranjero de que las propiedades de los civiles, sólo serían tomadas con las debidas formalidades. Así concluyó uno de los últimos movimientos de resistencia a las fuerzas invasoras de la Alta California⁷. Los yanquis se fueron reponiendo y vencieron el 8 de enero de 1847 a José María Flores en San Gabriel, y al siguiente día en La Mesa; recuperaron Los Ángeles el 10, y finalmente, el 13 de enero de 1847 Andrés Pico y sus hombres se rindieron, pero no a Stockton ni a Kearny, sino a John C. Frémont en el Paso Cahuenga, en lo que hoy es “Lankershim Boulevard” en Hollywood. Flores no se rindió y escapó a Sonora junto con Manuel Castro, Juan y Tomás Soberanes, Francisco Limón y Diego Sepúlveda.

Actualmente, por alguna extraña razón, existe en Tijuana una importante avenida con el nombre del ex gobernador Pío Pico, que si llevara el nombre de su hermano Andrés, se justificaría plenamente. Por su parte, el gobierno norteamericano levantó un monumento en donde se libró la batalla de San Pascual, con una placa en la que están los nombres de los soldados y oficiales americanos que allí perdieron su vida; cabe señalar, además, que los historiadores norteamericanos han exaltado la hidalguía y valor de don Andrés Pico y sus lanceros en el célebre combate, evento prácticamente ignorado en los textos de historia mexicanos.

LA INVASIÓN AL SUR DE BAJA CALIFORNIA.

⁷ “History of California”, Bancroft, p.p. 378-383.

Al fin de las hostilidades en Alta California, la flota norteamericana se ocupó en bloquear Mazatlán y San Blas, cañoneó Guaymas, llegó a La Paz en septiembre de 1846, y para marzo de 1847 había desembarcado a sus hombres en San José del Cabo, Cabo San Lucas, La Paz y Mulegé, único lugar en donde fueron rechazados, Todos Santos y San Antonio. Las fuerzas de ocupación en La Paz estuvieron bajo las órdenes del teniente coronel Henry S. Burton a partir del 15 de julio, aunque desde el 14 de abril de 1847 el jefe político y comandante militar en La Paz coronel Francisco Palacios Miranda, entregó la plaza oficialmente y sin combatir al comodoro John B. Montgomery a cambio de derechos de ciudadano de los Estados Unidos, así como el derecho a preservar sus propias leyes y funcionarios, acción a la que se unieron importantes personalidades del poblado⁸. Desde que se supo la vergonzosa actitud de Palacios, en una reunión en Santa Anita efectuada el 15 de febrero de 1847, asumió el gobierno el primer vocal de la diputación territorial Mauricio Castro, quien decidió resistir en ese poblado y logró hostigar al enemigo con los pocos hombres que logró reclutar. Por su parte, al saber de la traición de Palacios Miranda, el gobierno mexicano nombró a Manuel Pineda para reemplazarlo como comandante militar en Baja California. El 21 de julio, 115 hombres de las compañías “A” y “B” de los voluntarios de Nueva York desembarcaron del “Lexington” en La Paz, bajo las órdenes del Teniente Coronel Henry S. Burton, y según los norteamericanos fueron bien recibidos por la mayor parte del pueblo.

Aunque los bloqueos marítimos de los invasores en los puertos mexicanos del Pacífico habían sido poco efectivos, era importante para ellos mantener la presión y vigilancia en todo el litoral, por lo que el “Dale” zarpó hacia el sur con ese objetivo a mediados de septiembre, y al tocar La Paz, Burton pidió a su capitán Thomas O. Selfridge que se detuviera antes en Mulegé para exigir a sus habitantes la rendición del poblado. El 15 de agosto de 1847, el ayuntamiento de Mulegé pidió, por medio de una carta, ayuda al gobernador de Sonora José María Gándara y al comandante Antonio Campuzano, quienes respondieron generosamente entregando a Pineda algunas armas y parque para la defensa. Los invasores en el “Dale” llevaban además una lancha artillada, que les permitió penetrar por el arroyo tierra adentro, pero fueron rechazados por las fuerzas nacionales en varios intentos, lo que se narra más adelante. Aunque hubo actitudes por parte de algunos sectores del pueblo y sus funcionarios hacia los norteamericanos que podrían considerarse actos de traición, también es cierto que en casi todos los poblados se empezó a organizar la resistencia, habiendo destacado entre otros patriotas Vicente Mejía en Mulegé, Jesús Avilés y el padre Vicente Sotomayor en San Ignacio, el padre Gabriel González de Todos Santos, además de don José Matías Moreno quien, procedente de la Alta California vía Sonora formó las Guerrillas Guadalupanas de Comondú “Defensores de la Patria”, integradas con unos 60 rancheros de la región. Después del combate con los marineros del Dale, Pineda y su pequeña tropa se dirigieron a La Paz, mientras que en Todos Santos, el padre presidente de las misiones dominicas Gabriel González distrajo a los marinos extranjeros con buena plática y sabrosos vinos, y secretamente envió un mensaje a Pineda para que emboscara a los invasores cuando regresaran hacia San José del Cabo, lo cual no se logró porque el comandante mexicano nunca recibió el comunicado del misionero.

⁸ No sólo en el sur de Baja California hubo gente destacada de la comunidad que se mostró amistosa con los invasores, pues en el norte, don Juan Bandini mantuvo a los yanquis y fue obsequioso con ellos en su rancho de Tecate, y su esposa, durante la marcha a San Diego con los extranjeros, a petición del oficial que mandaba la columna, elaboró una bandera norteamericana con telas de la ropa de sus niños. Por esta acción, el Comodoro Stockton la llamó para agradecerle su ayuda. *History of California*. Helen Elliott Bandini, p. 145.

El 16 de noviembre de 1847, de 200 a 300 guerrilleros de Pineda atacaron a los norteamericanos que ocupaban La Paz, y otros a los de San José del Cabo; en el primer caso, al siguiente día, el fuego de 2 cañones del enemigo obligó a la fuerza nacional a retirarse a La Laguna, después de sufrir 4 bajas y una los yanquis, aunque antes quemaron la residencia del ex gobernador Palacios Miranda. Simultáneamente a los hechos mencionados, los 150 hombre destinados por Pineda para tomar San José del Cabo llegaron a su destino el 19 de noviembre por la tarde, e intimaron a los invasores bajo el mando de Charles Heywood para que se rindieran, los yanquis se rehusaron y los mexicanos estuvieron a punto de tomar el pueblo, pero confundieron dos barcos balleneros con naves de guerra cuando se aproximaban a la costa, y se retiraron. En estos combates, en la noche del 20 de noviembre el teniente José Antonio Mijares, de origen español, se lanzó contra las fuerzas enemigas tratando de capturar una pieza de artillería, pero fue abatido por la fusilería extranjera, habiendo muerto al siguiente día a causa de las heridas recibidas. Sobre los combates mencionados, el periodista y militar norteamericano E. Gould Buffum reportó: *En el mes de noviembre fuimos atacados por una fuerza mexicana de seiscientos bajo el mando de don Manuel Pineda...Durante un severo sitio que duró seis semanas muchos de los rancheros del interior llegaron y se nos unieron, y durante todo este tiempo, una compañía de californios nativos bajo el mando del ex gobernador del Territorio don Francisco Palacios peleó bravamente con nosotros y nos proporcionó un servicio esencial...*⁹

Todavía el 27 de noviembre de 1847 Pineda y sus guerrilleros intentaron nuevamente tomar La Paz, pero fueron rechazados; el 8 de diciembre llegaron por mar refuerzos y municiones a los norteamericanos, y cesó en definitiva el hostigamiento de Pineda sobre el puerto. Los gringos en San José del Cabo recibieron refuerzos de los barcos “Southampton” y “Portsmouth” el 26 de noviembre y 3 de diciembre, respectivamente, y aunque afianzaron su posición, los guerrilleros mexicanos y algunos indios yaquis aún mantenían ocupado casi todo el pueblo; el 22 de enero de 1848 capturaron a ocho soldados norteamericanos cuando trataban de transportar provisiones de la playa a su cuartel, y mantuvieron bajo su control la fuente de abastecimiento de agua que habían utilizado los invasores. Todo indicaba que el sitio mantenido con tanto esfuerzo por los guerrilleros en San José surtiría pronto sus efectos, el 11 de febrero, un guerrillero mexicano mató de un balazo en el cuello al oficial Tenant McLanahan, segundo en el mando después de Heywood, pero poco a poco el poder de fuego del enemigo se dejó sentir en la guerrilla, el 14 de febrero llegó el “Cyane” con más de cien hombres para reforzar a los extranjeros, y los patriotas californios tuvieron que retirarse ahora definitivamente. En la mañana del 16 de marzo de 1847, 33 norteamericanos a caballo atacaron a los guerrilleros en San Antonio, unos 30 Km. al norte de la sierra La Laguna, que junto con Todos Santos constituían importante refugio para los patriotas, y como resultado del encuentro murieron 3 mexicanos y un norteamericano; los nacionales lograron escapar, incluyendo Pineda en su ropa de dormir, y los invasores rescataron a los 8 cautivos gringos que mantenía la guerrilla mexicana.

El 22 de marzo de 1848, el coronel Burton recibió más refuerzos en La Paz, lo que le permitió atacar a los patriotas en Todos Santos, el 27 una avanzada de 25 extranjeros capturó a Pineda en San Antonio¹⁰, y el 2 de abril Mauricio Castro, que lo había reemplazado, fue entregado al

⁹ E. Gould Buffum, op.cit. p. 171. El número de soldados mexicanos fue muy exagerado por el periodista y militar norteamericano.

¹⁰ Se dijo que Pineda estaba en el poblado atendiéndose una mano herida, resultado de una pelea personal con un miembro de la familia Castro, “Personal Adventures in Upper and Lower California”; W. Redmond Ryan; p. 143.

teniente del Cyane George L. Selden en Miraflores. Antes de regresar a La Paz llevando aproximadamente cien prisioneros mexicanos, incluyendo a Pineda, Burton mandó unos 50 hombres a Bahía Magdalena bajo las órdenes del capitán Henry Naglee con el propósito de neutralizar a un grupo de guerrilleros mexicanos que habían escapado hacia ese rumbo. Naglee regresó a La Paz el 8 de abril, pero poco antes ordenó que dos de los prisioneros que llevaba fueran fusilados sin justificación alguna, y aunque fue arrestado por haber violado las órdenes que tenía, el presidente Polk lo perdonó y quedó en libertad.

El 2 de abril de 1848, Mauricio Castro, el último mexicano que técnicamente representó la resistencia final contra los invasores en Baja California, fue entregado a los norteamericanos; dos meses antes, el 2 de febrero de 1848 se había firmado el Tratado de Guadalupe Hidalgo, en el que, cosa extraña, no se incluía la entrega de Baja California a los estadounidenses. En septiembre de 1848, las tropas invasoras y unos 480 “refugiados” mexicanos que simpatizaban con los yanquis, salieron hacia California en varias embarcaciones; algunas de las personalidades evacuadas fueron, además del ex gobernador Francisco Palacios Miranda, el padre dominico Ignacio Ramírez y Arellano, y una nieta de don Manuel Ruiz, María Amparo Ruiz, quien posteriormente se casó con el Coronel Burton y adquirió celebridad años después, al entablar un prolongado litigio por la posesión de los terrenos en que se asienta Ensenada. Muchos de los refugiados mexicanos que se embarcaron en los buques norteamericanos recibieron una indemnización por daños en sus propiedades a causa de la guerra, fueron alimentados gratuitamente por un tiempo, y casi todos se fueron asentando en las principales ciudades de California, principalmente San Francisco. Los voluntarios de Nueva York fueron dados de baja, y algunos de ellos regresaron a Baja California para contraer matrimonio con mujeres nativas de la región.

Algunas operaciones militares como la de Todos Santos, y la eliminación por parte del ejército norteamericano de la poca resistencia de los patriotas mexicanos que quedaban, se efectuaron después de que se firmó la paz, y como se ha dicho, el gobierno norteamericano no exigió a México la entrega de Baja California, lo que causó gran disgusto entre los militares yanquis que habían participado en la invasión de la península, alegando que era una crueldad e irresponsabilidad abandonar a la Baja California y a los mexicanos que se les habían unido en la guerra, ya que serían objeto de la venganza del gobierno de México.

PENÍNSULA DE BAJA CALIFORNIA, TERRITORIO NO CEDIDO A LOS ESTADOS UNIDOS EN EL TRATADO DE GUADALUPE HIDALGO.

Cuando la Ciudad de México fue tomada por el ejército norteamericano, habiendo renunciado a la presidencia Antonio López de Santa Anna, los representantes provisionales del gobierno se fueron al poblado de Guadalupe Hidalgo, al norte de la capital, lugar en el cual se dieron las conferencias y acuerdos que culminaron con la firma del Tratado de Guadalupe Hidalgo el 2 de febrero de 1848. El representante de los Estados Unidos fue Nicholas Trist, por la delegación mexicana estuvo al frente Bernardo Couto, y el documento fue enviado al senado norteamericano para su ratificación, la cual se dio por 34 votos a favor y 14 en contra el 10 de marzo de 1848. Aquí cabe destacar varias acciones que se dieron en aquel tiempo y que se mencionan enseguida. Por decisión de Trist, las pláticas de paz se efectuaron en México y no en Washington, como lo deseaba el presidente James K. Polk, pensando Trist que en las 7 semanas que se retrasarían las

pláticas podría romperse el frágil estado de paz que se tenía entre las dos naciones; en el tratado se cumplieron todas las aspiraciones de Polk excepto una, la península de Baja California no fue cedida por México, lo cual aceptó Trist; diplomáticos ingleses que se sumaron a la mediación entre los dos países temían un rompimiento por parte de los mexicanos; y por último, las divergencias políticas en los Estados Unidos por la guerra con México se polarizaron notablemente.

En este contexto, audazmente y en franca desobediencia hacia su jefe el presidente de los Estados Unidos, Trist firmó el tratado en el poblado de Guadalupe Hidalgo el 2 de febrero de 1848, aceptando la conservación por la República Mexicana de la península de Baja California, a pesar de que en realidad México no estaba en condiciones reales de exigir nada. A lo anterior hay que agregar la confesión que hizo Trist a su familia de que sentía vergüenza sobre lo que él consideraba una guerra injusta, aunque esto no signifique que el representante norteamericano se dejara influir por sus sentimientos al tomar la decisión de que se firmaría el tratado sin incluir la Baja California en el territorio cedido.

En el Capítulo V del Tratado se dice en parte, refiriéndose a la línea divisoria entre las dos Californias: *...Y para evitar toda dificultad al trazar sobre la tierra el límite que separa la Alta de la Baja California, queda convenido que dicho límite consistirá en una línea recta tirada desde la mitad del Gila en el punto donde se une con el Río Colorado, hasta un punto en l costa del Mar Pacífico, distante una legua marina al sur del punto más meridional del puerto de San Diego, según este puerto está dibujado en el plano que levantó el año de 1782 el segundo piloto de la armada Española Don Juan Pantoja, y se publicó en Madrid el de 1802, en el Atlas para el viage (sic) de las goletas Sutil y Mexicana; del cual plano se agrega copia firmada y sellada por los plenipotenciarios respectivos...*¹¹

Muchos militares, agrupaciones civiles y políticos norteamericanos consideraron un grave error que en el tratado México retuviera la Baja California, y no existe documento o fuente oficial alguna que explícitamente exprese el motivo para tal decisión. Fue así cómo la península de Baja California permaneció como parte integral de la República Mexicana después de la sangrienta guerra de México y los Estados Unidos.

ANTONIO PONCE AGUILAR

¹¹The Library of Congress, Hispanic Reading Room, Online Collections, The Treaty of Guadalupe Hidalgo, Article v..